

No, a toda violencia

E.
MIRET
MAGDA
LENA

TODO ciudadano español está hondamente preocupado por la escalada de violencia desencadenada estos días en nuestro suelo. Y digo "todo ciudadano" porque ningún habitante de nuestras tierras, si es consciente de lo que significan los valores de nuestros países, puede regocijarse o mirar con indiferencia lo ocurrido. No, y mil veces no, a toda violencia física o psicológica. Todos los que sean verdaderamente ciudadanos (y excluyo a los que se excluyen ellos mismos porque tienen una deformación patológico-fascista de lo que son nuestras tierras) deberían unirse para decir, con la palabra y con su digna postura: ¡Hasta aquí hemos llegado! Hay que dar un "no" rotundo a toda violencia venga de donde venga: de arriba o de abajo, de la ultraderecha o de la ultraizquierda. Pero los más peligrosos fautores de la violencia son, sobre todo, aquellos que fomentan, en declaraciones a la prensa o a los grandes medios de comunicación, esta hostilidad contra todo aquel que no piense como ellos, y que, según estos medios, amenazarán con la violencia en nombre de España.

La causa de la violencia externa se encuentra en el fomento de la agresividad interior, hecho por estos incitadores antidemocráticos que no admiten las libertades para la convivencia plural en España.

El momento es delicado y la tentación grande, porque algunos pueden sentirse frustrados por la crisis creciente que a todos nos alcanza —de un modo o de otro— en el plano político, económico, social y cultural. Esta sensación de inseguridad, que ha aumentado día a día, puede echar también al traste nuestros afanes de democratización, si no enfrentamos con serenidad lo que está pasando. No podemos dejarnos llevar por la pura reacción emotiva, porque eso es lo que buscan sin duda, los fautores de esta situación. Nuestra emoción debe ser la fuerza que impulse las decisiones de nuestra razón, y no al revés.

El nazismo fue un producto reaccional que trajo las mayores calamidades para el hombre y la sociedad. Y todos debemos estar muy alertas para no caer en las garras de sus sucedáneos, que vemos proliferar en América Latina, y que tienen sus representantes ideológicos hispanos.

Jesús, tan deformado por los falsos cristianos del palo y el quemadero, nunca predicó la hostilidad ni fomentó la agresividad entre personas humanas; aunque siempre fue valiente para decir lo que pensaba, sin imponerle a nadie. Los evangelistas —cuando son bien traducidos— transmitieron con gran fuerza expre-

siva su clara postura. En San Mateo se dice: "Habéis oído que se dijo, ojo por ojo y diente por diente, pues yo os digo que no adoptéis la actitud anti". Y éste mismo evangelista recuerda la frase de Jesús: "Cualquiera que se sirve de la espada, perecerá por la espada". Y Jesús se indignó contra los negociantes que —igual que muchos hoy con dignidad eclesiástica— hacen del templo un mercado para su propio beneficio. Pero esta indignación tiene un importante matiz: a los animales es a los únicos que arroja con el látigo, y no a los hombres.

Con estos últimos usa solamente la palabra, que es el único medio de convicción que cuadra con nuestra estructura. Muchas traducciones cuidadosas del texto original refieren: "Hizo un látigo de cuerdas y echó a todos del templo, es decir, a las ovejas y a los bueyes". Que es lo que correspondía a seres irracionales que no podían entender las palabras. A los hombres los expulsó verbalmente, con esa autoridad moral que manejaba como única arma.

Por eso ha sido oportuno el testimonio público en la plaza Mayor, dado estos días de violencia por los objetores de conciencia, que son un ejemplo límite de una nueva actitud. Son estos objetores herederos heroicos de aquellos primeros cristianos que decían con San Clemente de Alejandría: "Diversos pueblos excitan su pasión guerrera con música marcial; pero los cristianos usan sólo la palabra como instrumento de paz".

El Papa acaba de hacer un análisis fuertemente significativo de la situación del mundo que —creyentes y no creyentes— debíamos meditar cuando todavía siguen entre nosotros algunos llevando el título de Cristo unido a la violencia anti-evangélica. El mundo vive un "encadenamiento de terrorismo", de "represiones", de "torturas envilecedoras", de "condenas arbitrarias", de "denegación de justicia", de "connivencias y protección acordada indebidamente a los terroristas", y "de venganzas privadas". Análisis que cada uno debe reflexionar, dentro de la circunstancia que le rodea: sea responsable de Gobierno o simple ciudadano, porque la voz del Papa tiene advertencias oportunas y realistas para todos.

Las causas de esta situación son muchas, pero, sin duda, en nuestro caso, resultado también de 40 años de "visión parcial de la realidad" que ha presentado a aquellos que no pensamos como los que detentaron el poder anterior, en forma "maniquea". Maniquea porque estos propugnadores del nacional-catolicismo enseñaron a dividir la sociedad en buenos y malos. Y buenos eran los vencedo-

res; y malos los vencidos, o simplemente aquellos que no concordábamos con ellos. Así se fomentaron unas "ideologías totalitarias", padeciendo un sistemático aprendizaje que se nos impuso. Y a la vista están las consecuencias cuando, sin embargo, el pueblo quiere otra cosa radicalmente distinta a la de estas minorías dominadoras a punta de pistola, cuando ya no tienen la influencia en sus manos.

El verdadero mal, que es la violencia, debe ser reprimido más firme y decididamente por el Gobierno; pero, además, necesitamos una nueva educación de todo el país. Cometido este de gran aliento que debemos emprender todos con cualquier medio de influencia a nuestra disposición, porque si no seremos arrebatados por la espiral de la violencia.

Por eso mismo "no podemos estimular los instintos frecuentemente agresivos de poseer, de afán por el poder, de nacionalismo totalizador, de la raza...: es preciso crear un nuevo clima" en la escuela, en los medios de comunicación social y en todos los canales humanos que pueden influir. Y poner en ellos "la amistad y la fraternidad". Hay que aprender a convivir, a comunicarnos dentro del respeto mutuo y del diálogo con razones y no con pistolas, porras o exclusiones injustas.

Y quién esto no lo quiera debe ser apartado del trato social, porque es un virus peligroso que estropea la pacífica convivencia que muchos queremos construir. La izquierda —y la oposición, en general— da ejemplo de querer olvidar cuando pide "amnistía". Pero también debe dar ejemplo valiente de firmeza cuando por quien debe hacer, sólo dice y hace muy poco, porque todavía se encuentra presionado o influido por los cuadros que dominaron hasta hace poco a favor sólo de los vencedores de nuestra guerra civil. Se hace imprescindible que esta oposición, que tantos años sufrió dignamente de persecución, sepa adoptar ahora la misma digna postura diciendo "no" a todos aquellos que no quieren la paz, y también a quienes por injuria, temor, connivencia o presión no se deciden a parar eficazmente esta escalada de violencia que se ha desencadenado entre nosotros. Y a estas voces y posturas debería unirse más clara y decididamente la jerarquía de la Iglesia, dejando ya de lado el silencio o las palabras ambiguas. ■